



CRIMENES  
DE LA  
**DEMAGOGIA.**

EL COLEGIO  
APOSTOLICO DE GUADALUPE,  
EN ZACATECAS.

1860

Imprenta de Lara.

CRIMENES

DE

# LA DEMAGOGIA.

EL COLEGIO

APOSTOLICO DE GUADALUPE,

EN ZACATECAS.



MEXICO.

Reimpreso en la Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma núm. 4.

1860.



En la historia de la demagogia, no es nuestra mente entrar en detalles sobre los atentados de Gonzalez Ortega, contra unos hombres venerables por mil titulos, sobre los padecimientos arrostrados por cada uno de los religiosos espulsos, y mucho menos sobre los antecedentes que prepararon la obra de destruccion. Todo esto es notorio por demas, para los que, sin preocupaciones bastardas, han deseado saber la verdad de los hechos. Estos se han publicado oportunamente por la prensa sensata, y aun los mismos enemigos de toda verdad, en las piezas oficiales que han salido a luz en los inmundos articulos de sus periodicos, han tenido que soltar prendas que les tenemos tomadas y que rescatara la posteridad, dando por precio de ellas el verdadero valor de los heroes de la constitucion de 1857.



**E**UANDO nos proponemos decir una palabra sobre este plantel de ciencias y de apostólicas virtudes, recientemente estinguido por la desoladora mano de la demagogia, no es nuestra mente entrar en detalles sobre los atentados de Gonzalez Ortega, contra unos hombres venerables por mil títulos, sobre los padecimientos arrostrados por cada uno de los religiosos espulsos, y mucho menos sobre los antecedentes que prepararon la obra de destruccion. Todo esto es notorio por demas, para los que, sin preocupaciones bastardas, han deseado saber la verdad de los hechos. Estos se han publicado oportunamente por la prensa sensata, y aun los mismos enemigos de toda verdad, en las piezas oficiales que han salido a luz en los inmundos articulos de sus periodicos, han tenido que soltar prendas que les tenemos tomadas y que rescatara la posteridad, dando por precio de ellas el verdadero valor de los heroes de la constitucion de 1857.

Nos proponemos solo, al escribir estas lineas, hacer algunas apreciaciones acerca de la obra destruida por la demagogia; no en sus relaciones sociales, no en sus trascendencias politicas. . . . sino, tal vez únicamente en su relacion con nuestro corazon. . . . con las necesidades mas intimas de nuestro individuo. Para hablar con esta limi-

tacion, creemos que nos basta habernos puesto en contacto alguna vez con el objeto de que nos ocupamos. ¿A quién se niega hablar de lo que ha visto y sentido? Escribir bajo un sistema mas extenso y con pretensiones mas avanzadas, seria por demas para ciertas gentes. Se ha escrito mucho y muy sábiamente sobre el espíritu de la Iglesia en la creacion y conservacion de los institutos monásticos, sobre los beneficios hechos por éstos al mundo, y sobre su mision en la sociedad actual. Sin embargo, poco se estudia de tanto como se ha escrito; y precisamente aquellos que por sistema atacan las instituciones monásticas y consiguen arruinar sus establecimientos, son los que menos conocen lo mismo que mas aborrecen.

Si no estuviéramos habituados á ver absurdos á cada paso, en esta época de aberraciones de toda especie, nos causaria indignacion oír esas peroratas, leer esos artículos, examinar esos decretos en que se ataca en todas direcciones cuanto es obra del Evangelio y de la Iglesia de Jesucristo, y mas nos indignaria encontrar todas esas producciones, procedentes nada menos que de aquellos que ni tintura tuvieron alguna vez de la historia de la Iglesia, y de los grandes elementos que entran en su organizacion divina. Pero felizmente ya esto no nos escandaliza, y solo vemos en ello mas pronunciada una de las formas del error. Atacan las virtudes de los claustros los hombres habituados á vivir del pillaje que ejercen sobre el país: censuran los institutos monásticos, los que creen haber estudiado en las novelas de Sue la historia de todo el mundo: decretan su estincion, los que piensan haber aprendido la difícil ciencia de la legislacion en las tabernas, y en las orgías, y en los burdeles (1).

Así sucede por desgracia. Pero por lo mismo que tenemos en los días presentes por apóstoles del error y del crimen, á la ignorancia mas crasa y á la corrupcion mas cínica, la generacion actual no tiene disculpa alguna, si se deja fascinar y sorprender por unos novadores que no tienen alrededor de sí, ni el prestigio del disimulo, ni las arterias de una hipocresía que finge virtudes para santificar maldades mal encubiertas, ni tampoco esas esterioridades de ciencia que deslumbran al primer golpe de vista. Volvamos los ojos sobre todos y cada uno de esos *conscriptos* de la demagogia; sobre todos y cada uno de esos novadores sin mision que, so pretexto de reformar lo todo, lo destruyen todo; y no veremos en ellos mas que insensatos que "jac-

(1) Para Guadalajara todo esto está dicho en muy pocas palabras. Hubo época para esta pobre ciudad, durante la administracion de Ayutla, en que *Refugio Gonzalez* estableciera cátedras públicas de moral y religion en las plazas y en los paseos. ¡¡¡*Refugio Gonzalez!!!* ¡Qué sarcasmo para un pueblo culto!

tándose de ser sábios, pararon en ser unos locos," segun la expresion de San Pablo: "ellos que habian colocado la mentira en lugar de la verdad de Dios. . . . por eso los entregó Dios á pasiones vergonzosas: y como no hicieron aprecio ni uso del conocimiento que tenian de Dios, Dios tambien los entregó á un sentido depravado; de suerte que, no han hecho mas que acciones indignas," (1)

Esto ha sucedido á los héroes de la demagogia; el error en su entendimiento; la maldad en su corazon; la blasfemia en sus lábios; la corrupcion mas escandalosa en sus costumbres: he aquí los estímulos que obran sobre los defensores de la constitucion de 1857, desde Juarez hasta Rojas; desde Degollado hasta Pueblita; desde Ogazon hasta Rochin; desde Vidaurri hasta Quiroga. Si fuese éste el lugar á propósito, en él consignaríamos algunos rasgos biográficos de varios de esos héroes de *camino real*; y ellos pondrían en claro que, los hombres de moral mas corrompida, de mas estragado corazon y de inteligencia mas viciada, son los que se han constituido en doctores de nuestro pueblo, y que presumen haber acometido la empresa de nuestra reforma social. Pero acaso no sea esta la ocasion mejor, y aplazamos, por lo mismo, nuestro pensamiento para otra oportunidad.

## I.

En 1854, accidentalmente residiamos en Zacatecas, de donde fuimos despues á vivir algunos meses en la villa de Guadalupe. Es esta una poblacion de mas de cuatro mil habitantes, compuesta en su generalidad de gente operaria: el principal vecindario se reduce á algunas familias de mediana fortuna, que llevan una vida sencilla, y unas costumbres, en lo general, bastante arregladas. Observamos muy en breve, que en la poblacion bien poco tiene que hacer la policia, cuyas funciones están casi totalmente prevenidas por la buena moralidad del comun. En la villa toda, se respira un cierto aire de gravedad austera, que dá muy bien á conocer la influencia que sobre ella ha ejercido desde muchos años, el espíritu monástico, á cuya sombra nació la generacion actual y la que le precedió.

Esa influencia ejercida sobre la villa, por el espíritu de un convento, no procede de prurito que los religiosos tengan por influir en los negocios públicos de la sociedad que les rodea, ni en los domésticos de las familias que forman esa sociedad. Bien lejos de eso, ellos apenas tienen tiempo para dar lleno á los deberes que su instituto les

(1) Ad Rom. 1—22, 26, 28.

prescribe, y se aíslan absolutamente de todo aquello que pudiera distraerlos de la abstracción que demanda una regla observada en todo su rigor primitivo. Su influencia procede de otra causa. Esos religiosos, con una constancia infatigable, administran los Sacramentos al pueblo, predicán la palabra divina, auxilian á los moribundos en toda la población. Los días festivos son llamados á las haciendas inmediatas para que celebren el sacrificio y enseñen la doctrina cristiana á los numerosos fieles que viven dedicados á los trabajos rústicos ó al beneficio de los metales preciosos.

Una multitud innumerable de viudas, huérfanos, enfermos é inválidos, todos los días á las doce se agrupan á una de las puertas del convento, en donde reciben gratuitamente un alimento que no podrían encontrar en otra parte; alimento que para algunas familias no solo satisface la necesidad de aquella hora, sino que es bastante para cubrir las exigencias de todo el día. Esto es á mas de los auxilios que reciben en su misma casa muchas personas, á quienes por vergüenza ó por impedimento físico, no les es dado ir á llamar á las puertas de la caridad. Del jardín del monasterio se proveen todos los que lo necesitan de yerbas medicinales, aun de hortalizas de uso comun y de frutas de gusto, sin que todo ello les cueste mas que el trabajo de llamar á una puerta, invocando el nombre de Dios y de María. Una familia tiene una pesadumbre, un acontecimiento grave que lamentar, y las primeras palabras que escucha de consuelo, son de boca de un religioso, que, sin necesidad de ser llamado, vuela á derramar en el seno de la desolación, un bálsamo mas precioso todavía que el que derramó la pecadora sobre los piés del Salvador. Por esto es que, cuando un religioso muere, tal vez en sus años floridos, la villa toda se interesa en el acontecimiento: su cadáver se cubre de flores que le presenta la gratitud de un pueblo, que con lágrimas le dice su adiós postrero, dando testimonio de que "con lo poco que vivió, llenó la carrera de una larga vida, y ha recibido la recompensa de una virtud consumada" (1). Página brevísima que encierra toda una historia; pero que nunca ha podido escribir de ninguno de sus héroes, la humana filantropía con todos sus esfuerzos.

He aquí el origen de esa influencia que los padres de Guadalupe ejercen sobre la población que les rodea, y que del espíritu de aquellos recibe una especie de sello monástico que recuerda las historias de otros tiempos, las virtudes de otros hombres, la civilización de unas generaciones que ya pasaron. Y no es la villa de Guadalupe la po-

[1] Consummatus in brevi explevit tempora multa.—La Sabiduría, cap. IV, v. 13. Vencé.

blación única entre nosotros que respira ese aire monacal que tanto choca al espíritu del siglo, que todo lo califica con la frivolidad que le caracteriza: muchas otras hay que por hábitos, por gratitud, por causas de que ellas mismas no se dan cuenta, conservan el sello que les imprimieran mas há de trescientos años, los apóstoles que de allende los mares, les trajeron la fé que guardan todavía, y con ella la simiente de la única civilización que hasta ahora han tenido.

Los sábios del mundo rechazan como anacronismos intolerables esos monumentos sociales erigidos por el espíritu de otras épocas, á cuya conservación están vinculadas páginas sublimes de la historia de cada pueblo; lecciones inapreciables que nunca deberian dejarse de estudiar; testimonios de gratitud que no podrán dejarse borrar jamás sin aceptar desde luego una nota de barbarie. Hoy día que se pretende que un teatro prostituido sea la escuela de costumbres de una sociedad; que un club popular sea el foco civilizador del pueblo; que la tribuna tabernaria sustituya á la cátedra angusta del Espíritu de Dios; que los artículos insustanciables de periódicos de partido, sea en lo único que deba estudiarse y aprenderse cuanto hay que saber para ser feliz, no hay el espíritu necesario para comprender el carácter de una necesidad grave, morigerada, conservadora decidida de sus añejas tradiciones, y apasionada por todo aquello que desde luengos años le ha asegurado cierta felicidad sencilla. No; se califica de bárbaro á un pueblo que no se ha creado todavía la necesidad de ir á dormirse en un teatro que no comprende; que no fomente clubs que le mantengan en perpetua alarma; que no paga tribunos que le vendan cara su violenta elocuencia; que no sostiene periódicos que satisfagan la ávida curiosidad de los aguadores y de las cocineras. Solo se comprenden hoy día ciudades improvisadas á las márgenes del Bravo, vivificadas por el espíritu del comercio, con hoteles, almacenes, cárceles y lupanares, sujetos á reglamentos de policía, pero sin historia, sin tradiciones, sin moralidad, sin culto y sin espíritu público. Los que solo comprenden esto, ni pueden calificar á una sociedad formada exclusivamente bajo la tutela de la Religión y de sus institutos mas sublimes, ni entender cómo estos institutos pueden ejercer sobre cuanto les rodea, una influencia decisiva y dominadora, sin tener en ello ningún interés humano; sin pretensiones de oprimir ni dominar; sin pensar siquiera en lo que pueden.

Cierta filosofía rechaza la influencia de los institutos religiosos sobre la sociedad, porque pretende que el mundo en su marcha deja muy atrás á unas instituciones, que, siendo parto espontáneo de unas épocas, vienen en las ulteriores á convertirse en anacronismos históricos, cubiertos del polvo secular, capaces solamente de llamar la atención

del anticuario. Pero esa filosofía desatentada siempre en sus teorías, y contradictoria en sus aplicaciones, no reflexiona que tales institutos son formados de hombres y entre los hombres: que por lo mismo reportan las influencias del siglo y de la sociedad en toda época, supuesto que viven de ella, en ella y para ella; que por tanto, si la filosofía supone esa perfectibilidad indefinida en las sociedades, tiene que confesarla necesariamente en toda institución destacada de las mismas sociedades: ó lo que es lo mismo, tendrá que confesar una reciprocidad necesaria de influencias, que nunca dejará que institución alguna social se quede atrás de la sociedad de que ha sido destacada, de tal manera, que se convierta para ella misma en un anacronismo chocante; así como tampoco esas instituciones moderadoras de los avances del mundo, dejarán que éste se lance á una progresión desatentada y loca, por caminos estraviados. Un escritor profundo, dice á este propósito: "Recordaremos aquí lo que espusimos y demostramos estensamente en el lugar arriba citado, á saber: que las comunidades religiosas eran un producto espontáneo de la misma religión; que en su esencia eran idénticas, bien que su forma sufría modificaciones acomodadas á las circunstancias de lugar y tiempo; sobre todo, al objeto peculiar y característico á que cada cual se destinaba. Probamos también que *la historia enseñaba que dichas comunidades habían tomado siempre una forma conveniente, para satisfacer grandes necesidades de la religión y de la sociedad.*" (1)

Cada uno de los institutos religiosos tiene por objeto la satisfacción de una necesidad; que se registre la historia eclesiástica, y se conocerá la exigencia á que cada uno de ellos debió su ser: ellos subsistirán, pues, mientras tales necesidades no desaparezcan entre los hombres; pero como estas varían de forma y de importancia, según se suceden las generaciones, por precisión varían también de forma y de carácter los planteles consagrados á la satisfacción de ellas: luego éstos no pueden nunca retardarse de tal manera en su marcha respecto de la sociedad, que vengán á convertirse en un anacronismo para ella. Por ejemplo: mientras en el mundo haya infieles, en la Iglesia católica habrá institutos misioneros; pero estos serán diversos entre sí como lo sean los pueblos á quienes deban evangelizar: aun más; nunca serán hoy lo que fueron hace un siglo; salvo que las necesidades á cuya satisfacción estén aplicados, conserven el mismo carácter, intensidad y formas por toda una centuria; y en tal supuesto, ¿el instituto por qué no ha marchado? Porque la sociedad permaneció estacionaria.

En México tenemos mucho tiempo há colegios de Propaganda fide:

(1) Balmes—Porvenir de las Comunidades religiosas en España.

estuvieron consagrados á la evangelización de las tribus infieles de la frontera, y llevaron su predicación á la Tarahumara, á Tejas y á otras provincias remotas del Norte: después se les han negado los auxilios que necesitan para ejercer su apostolado en aquellas regiones, y han venido á reducirse á la predicación en medio de nuestra sociedad misma, y en algunas misiones que han podido conservar sin el auxilio del poder público. Y cuando esto ha sucedido, ¿los colegios apostólicos han quedado sin objeto, ó bien el misionero de hoy es idéntico al de hace un siglo que no tenía más que saber, ni se curaba de saber más que á Jesucristo, y Jesucristo crucificado? Bien de otra manera. Los que antes solo eran misioneros entre bárbaros, se han convertido en sábios colaboradores del episcopado; en predicadores entre católicos; en sábios eminentes que cultivan el estudio de la historia, de las lenguas vivas y muertas; de la jurisprudencia canónica y aun civil; de la teología y hasta de la bella literatura. No están lejos esos claustros llenos de hombres sábios en todas líneas, y puede visitarlos el que quiera desengañarse de la verdad de lo que decimos. Y un instituto en que tal sucede, ¿se podrá decir que se ha quedado atrás del siglo; que se ha convertido en un anacronismo respecto de la época? ¡A cuántos declamadores de oficio, á cuántos diputados sin vocación, á cuántos legisladores sin investidura, les haría gran provecho ir á estudiar algo á un claustro, bajo la dirección de un fraile retrógrado!

Lo que hay de cierto es, que todas las instituciones hijas de la Religión Católica, son como ella misma, eminentemente conservadoras de los verdaderos elementos de vida social; y por lo mismo, no son arrebatadas por todo viento de doctrina, ni se precipitan por esos caminos inciertos, por donde muchas veces creen las sociedades que progresan, hasta que una experiencia de cien años viene á convencerlas de su error, y á poner en claro que han perdido el tiempo en estravíos que les han hecho retrogradar ó permanecer estacionarias.

Lo repetimos: los institutos monásticos marchan con el mundo, y se atemperan á las necesidades de cada época. Si su movimiento no se hace sensible, es por lo mismo que todo se mueve alrededor de ellos; si alguna vez parece que se han quedado atrás, es porque nosotros corremos locamente por caminos que ellos nunca habrán de emprender. Hagamos un recuerdo comparativo entre la edad media y el siglo XVIII. En la edad media, los claustros, no obstante que participaron de la corrupción general, estaban muy avanzados respecto de la sociedad, porque ésta retrocedió hasta la barbarie, y en aquellos se conservaron las virtudes, la ciencia y las tradiciones que el siglo había perdido entre el estruendo de los aceros y la polvareda de las batallas. En el siglo XVIII se dijo que los institutos religiosos se quedaron muy

atrás..... es cierto, porque ellos no avanzaron hasta ser atéos: para la filosofía del siglo pasado, Dios vino á ser un anacronismo, nada mas que porque es eterno.

¿Se pretende que los institutos monásticos no tienen objeto? Demostrado que sea que han desaparecido las necesidades sociales que los produjeron, no hay que alarmarse porque exista alguna cosa por demas en la economía de la religion; porque lo que hoy no tenga un objeto fijo á que ser aplicado, mañana no existirá, ó habrá cambiado de forma, en términos de poder ser aplicado á objeto distinto. Un instituto religioso, en el siglo XIV, tuerce los caminos que debió seguir; su existencia, supuestos ciertos acontecimientos, se convirtió en escándalo mas bien que en provecho de la Iglesia. Y ¿qué sucedió? Clemente IV, en el concilio general de Viena, estingue la Orden de los templarios, y nadie se quejó al dia siguiente de que se conservase una asociacion sin objeto. Pero ¿cuidado con atropellar los acontecimientos, y arrancar intempestivamente alguna planta que esté arraigada en toda una sociedad, porque ésta puede desgajarse: el hecho se consumaría; pero Clemente XIV llevará un remordimiento amargo hasta su tumba!

II.

Nos proponiamos hablar solo de nuestra permanencia en Guadalupe, y sin pensar en ello nos ocupamos de digresiones tal vez molestas. Volvemos á nuestro propósito.

Viviamos en la villa, limitados á muy pocas relaciones, y éstas no eran tales como las que demandaban nuestras ordinarias habitudes: nuestra situación moral en aquellos dias, era una de las que, por circunstancias muy escepcionales, forman época para el corazon. Permaneciamos en aquel lugar sin voluntad para ello; con recuerdos continuos y muy vivos de otras partes; con afecciones mal sofocadas, que en momentos dados, nos hacian sentirnos capaces de volar para atravesar un espacio de cien leguas. Ilusiones mil preocupaban nuestra mente, y nos proporcionaban horas de ensueños tan bellos, como eran terribles las en que, sacudido el sopor, mirábamos solamente en derredor nuestro realidades estériles, desengaños amargos, y una ingratitud cuya idea no podiamos soportar. El recuerdo de las impresiones de aquellos dias, tiene para nosotros el mérito de la estimacion que se hace de ilusiones perdidas de cierta edad; pero ilusiones tan bellas, como son las que se apegan siempre á esas dulces mentiras, en que nos esforzamos algunas veces por tener fé, solo por escusarnos la pe-

sadumbre de palpar austeras realidades. Hay gentes que no pueden concebir á un hombre con historia, sin que haya antes recorrido el mundo y arrostrado sus azares; pero otras comprenderán fácilmente que para que el individuo tenga historia, le basta tener corazon y fantasia. Ni esto es extraño, ni al decirlo pretendemos dar importancia á nuestros recuerdos. Es fama que hubo alguno que, sin moverse de su asiento y con solo el auxilio de un microscopio, hizo un viaje dilatado; hizo descubrimientos importantes para la ciencia, y escribió páginas interesantes: estas se titulaban: "*Viaje á la punta de mi dedo.*" ¡Tan poco así se necesita para escribir un viaje, lo mismo que una historia!

En la situación que acabamos de describir, una de nuestras distracciones favoritas era visitar el Santuario de Guadalupe, donde, sin fastidiarse, se pueden pasar largas horas, admirando la magnificencia con que el templo está decorado. El brillo del oro, repartido con profusion por las bóvedas, columnas y paredes del edificio, deslumbra los ojos y los mantiene inciertos, sin dejarles escoger un lugar donde fijarse de preferencia. Todos los paramentos del culto son de gusto esquisito, y algunos pueden competir en riqueza con los de nuestras catedrales mas suntuosas. La coleccion de vasos sagrados, en que se ven piezas selectas, de antiguo pero muy esmerado trabajo, de gusto moderno con una sencillez que compite con la proporecion en las formas, no deja que desear al que es amigo de conocer estas preciosidades. En la nave del templo se ve una coleccion de cuadros, que representa la historia de la Virgen, del pincel de Cabrera, asi como otros varios lienzos, de los que no hay uno que no sea oportunamente escogido. Pero sobre todo, llama la atencion el orden esmerado, el aseo prolijo que canipea en toda la decoracion interior del Santuario, y que da á conocer allí la presencia continua de una piedad viviente, de un celo animado que cifra su gloria en la gloria de la casa del Señor.

Cuando en tan suntuoso templo, en medio de tanta riqueza veiamos haciendo oracion y ejerciendo los sagrados ministerios á unos hombres vestidos de grosero sayal y con los piés descalzos; á unos hombres que no cuentan con mas patrimonio que la Divina Providencia, manifestada por la caridad de los cristianos; á unos hombres que, aunque no se crea, tienen muchos dias verdadera escasez, aun del frugal alimento que les es ordinario, no podiamos menos que admirar esos prodigios de abnegacion piadosa; esos misterios de la resignacion cristiana que deifica á los hombres sobre la tierra y los hace venerables, aun para aquellos mismos que de todo blasfeman, porque nada comprenden ni comprenderán nunca.

¿De dónde atesora el religioso mendicante esos inmensos caudales

que gasta con profusion en decorar sus templos, en amontonar incienso y metales preciosos sobre el altar, en dar á las solemnidades de su culto una magnificencia sublime que conmueve hasta el corazón del impío? Y, supuesto que llega á atesorar tanta riqueza, ¿cómo es que nunca la dilapida, ni se permite disponer de una parte de ella para suavizar las privaciones de una vida que pasa entre sacrificios y lágrimas, entre ayunos y maceraciones? ¿Qué responden á esto todos esos hombres ruines que, escandalizados con la opulencia del Santuario del Dios Vivo, y profesando un cristianismo á su modo, no cesan de murmurar con el discípulo del Evangelio? ¿A qué fin este desperdicio, cuando se pudo vender esto en mucho precio y darse á los pobres? (1) ¿Qué responden á esto los filósofos de cierta escuela, que no creen en la existencia de una virtud cristiana, capaz de enseñar al hombre á ser pobre en medio de la opulencia, á tener hambre en medio de la abundancia, á profesar el Evangelio en medio del torbellino del mundo?

Muy grato nos sería tomar por la mano á varios hombres de la época y conducirlos al Santuario de Guadalupe. Allí les enseñaríamos oro, plata, piedras preciosas, bellas esculturas, inimitables cuadros, ricos tejidos de seda: les conduciríamos mas adentro, y les pondríamos de manifiesto un cuantioso acopio de cera labrada, vino para el sacrificio, aceite para el fuego perpetuo, harina para la ofrenda; y á presencia de todo, esperaríamos su necia interpelación. ¿A qué fin este desperdicio...? Sin contestar á su pregunta, les conduciríamos al interior del monasterio para ponerles á la vista la humilde celda de cada religioso, la escasez del refectorio comun, los instrumentos de la penitencia cristiana, el cuadro completo, en una palabra, de las privaciones de la vida; pero de las privaciones voluntarias. Cuando esto hubieran visto, quedarían confundidos al desengañarse de que, los mismos pobres, cuyo nombre invocan para censurar la riqueza del Santuario, son los que, por un sistema divino de privaciones espontáneas, se desprenden de todo para aglomerarlo todo sobre el altar del Dios en que creen, y del único de quien esperan oír alguna vez esta sentencia eterna: *Tu fé te ha salvado: vete en paz.* (2)

Ahora bien: que se pregunte al pueblo de la villa de Guadalupe, al de Zacatecas, al de las haciendas y caseríos inmediatos, cuántas estorsiones ha sufrido, cuántas contribuciones forzosas ha pagado, cuántos días ha carecido de pan por aumentar los tesoros de un templo suntuoso, para sostener los gastos de un culto magnífico, para asegurar

[1] San Mateo, cap. 26, vv. 8 y 9.

[2] San Lucas, cap. 7, v. 50.

la subsistencia de una comunidad de mas de setenta personas. Si alguno se levanta y hace una sola queja, quedamos confundidos. Pero no; se levantarán todas las viudas, huérfanos, enfermos é impedidos que subsistían de la caridad indeficiente de un monasterio que ya no existe, y ellos darán con sus lágrimas, con maldiciones tal vez, una respuesta elocuente al que les haga una interpelación tan necia. La piedad cristiana levanta templos suntuosos, los decora régiamente, consume en ellos todos los días esquisitos perfumes, rico vino, abundante fuego, y no necesita para ello hacer uso de la violencia y estorsiones que el siglo tiene que ejercitar para construir un teatro, para edificar una cárcel y para formar un paseo.

### III.

En una de las veces que concurrimos al templo, acertamos á llegar á la hora en que se solemnizaba la toma de hábito de cuatro jóvenes, de los que el mayor tendría veintitres años: entre ellos estaba un ciego de nacimiento. Celebramos la oportunidad de presenciar un acto de que nunca habíamos sido testigos, y sobre el que, como principio de la vida monástica, se declama por muchos hasta el fastidio.

Habia una concurrencia numerosa, no obstante que el acto que se preparaba es muy frecuente en Guadalupe; pero sin duda que los prodigios de la religion cristiana, por repetidos que sean, nunca dejarán de causar admiracion y escitar interes en un pueblo creyente. En el pavimento del templo, cubierto con preciosas alfombras, estaban cerca del presbiterio, cuatro hábitos tendidos en forma de cruz y adornados con flores: próximos á ellos estaban los postulantes, de rodillas, y todavía con su traje secular. Despues de haber hecho éstos su solicitud en la forma de estatuto, siguió una alocucion dirigida á los mismos por un eclesiástico venerable por muchos capitulos.

Esa alocucion, sin pasar de la categoría de una plática adecuada al objeto, tuvo toda la sencillez de una homilía de los antiguos Padres, y la uncion del orador que habla porque cree y porque siente. El predicador habló á los postulantes, de la gravedad del estado que se proponían abrazar; de las numerosas y agudas espinas que se ocultaban bajo de un sayal que, en aquel momento, se les presentaba cubierto de flores; de lo difícil del camino que conduce á la perfeccion evangélica; que no todos los hombres son capaces de ésta, y que, si bien todo cristiano está obligado á los preceptos, son pocos los capaces de reportar las cargas consiguientes á la práctica de los consejos del evangelio; que aun en las soledades del claustro, bajo las bóvedas del



santuario se suscitan espantosas tempestades, tanto mas terribles cuanto mas calladas, á manera de esas borrascas silenciosas que fermentan en la profundidad de los abismos del mar, que apenas se dejan percibir por una ebullicion superficial, pero que una vez que revientan, es porque levantan hasta las estrellas del cielo las algas y los mariscos que hubieran arrancado de las mismas entrañas de la tierra.

«Siguió á esto la absolucion dada por el prelado á los postulantes; la bendicion del hábito y del cordon; el acto de despojarse de las vestiduras profanas y cubrirse con el traje monástico; el canto de un himno sagrado y una exhortacion á los admitidos á dar gracias á Dios por haberles puesto en un camino de salud; despues de lo que, fueron conducidos al interior del monasterio por la comunidad, que habia asistido al acto.

Cuando hubimos oido la alocucion dirigida á los postulantes, recordamos algunas de las imputaciones injustas que se hacen á los institutos monásticos, atribuyéndoles un ciego espíritu de proselitismo que pone en juego toda clase de seducciones para fascinar á la juventud inesperta y arrastrarla á los claustros, en una edad en que el hombre no conoce todavia sus pasiones, ni le toma el pulso, por decirlo así, á su corazón; ni puede conocer cuáles serán las mas desarrolladas inclinaciones de su individuo.

En todo esto no hay mas que ignorancia, mentiras y mala fé. Mentira es ese espíritu de proselitismo ciego, que se esfuerza por seducir y alucinar. Aseguramos, en verdad, que al entendimiento mas fascinado, al ánimo mas preocupado, habrian hecho una mella terrible los conceptos que vertió el orador en su alocucion. En toda ella parece que no se propuso otra cosa que manifestar un interes decidido por retraer de su resolucion á aquellos cuatro postulantes. Seducción, fascinacion! Mentira. En la misma época de que hablamos, conocimos en el Colegio de Guadalupe á un jóven, de familia decente, originario de Leon, que se habia presentado pidiendo el hábito monástico. Vivía en el claustro hacia algunos meses, dedicado al estudio, y se quejaba de que no se le habia dado aún resolucion afirmativa sobre su solicitud, y ni esperanza se le indicaba de que seria recibido. Despues supimos que esto era porque se queria que conociera las costumbres monacales, la austeridad del claustro y las privaciones y contradicciones de una vida de pobreza y de obediencia. Sin duda que el espíritu ciego de proselitismo no emplea seducciones tan bruscas, ni sujeta á pruebas tan molestas para conquistar adeptos.

«Nosotros convenimos en que en los institutos monásticos hay ciertas tendencias propagandistas que conspiran á la ramificacion, á la difusion del elemento mismo de donde nacen. Pero ese espíritu, si se

considera bajo su aspecto religioso, no es mas que un detalle, una forma determinada de la mision apostólica y evangélica. ¡Desgraciado el instituto donde tales tendencias no hubiese! esto probaria que estaba tocado de esterilidad, y que no tardaria mucho en tener sobre sí el anatema que cayó sobre la higuera infructífera. *Jamas nazca de tí ningun fruto: y al instante la higuera quedó seca.* (1) Si lo consideramos bajo un aspecto puramente humano, nada mas natural que ese espíritu de propaganda. Porque el hombre que se siente bien en la condicion que guarda, quisiera que todos los que le rodean se encontrasen constituidos en la misma. ¿Y esto por qué? Por dos motivos: primero, por amor propio; porque cada hombre quisiera en su vanidad, ser el ejemplar de la condicion de todos sus semejantes. Segundo, por el amor natural á los individuos de nuestra especie, que nos hace desear comunicar con todos, la fruicion de los bienes que nosotros disfrutamos. El atrevido marino, el valiente militar, el comerciante metalizado, ejercen cierta propaganda á su modo, y quisieran acarrear á su profesion á todos aquellos en quienes conocen ciertas aptitudes. Solo el que se encuentra disgustado en su condicion, obra en sentido contrario; por esto es que entre nosotros, muchos católicos de nombre quisieran que todos los creyentes se convirtiesen en apóstatas. El protestante manda sus misioneros hasta el corazón de la India, para conquistar prosélitos á fuerza de oro: el demagogo pone en planta hasta los medios mas reprobados por acarrear partidarios; y solo al catolicismo, solo á sus institutos monásticos se les hace cargo, porque ejercen una propaganda natural, tanto en el régimen divino como en el orden humano! ¡Inconsecuencias necesarias del error!

IV.

Ya que de paso hemos tocado los medios de accion de la demagogia, permítasenos hacerle la siguiente interpelacion. Si los clubs demagógicos, para admitir á cada individuo en su seno; para conquistar cada partidario; para asegurarse un sectario, procediesen tan de buena fé como se procede en los claustros con los postulantes, y les dirigiesen una alocucion tan grave, tan franca, tan llena de verdades amargas como las que tiene que oír el que va á recibir un hábito, ¿cuántos prosélitos conquistarían al año? Pero no: no proceden así; porque si fuesen francos y sinceros, se suicidarían. ¿Por qué, pues,

(1) San Mateo, cap. 21, v. 19.

tienen los demagogos tantos discípulos? Porque primero corrompen el corazón y fascinan después el entendimiento, ó simultáneamente hacen uno y otro. Los demagogos ejercen su propaganda y conquistan sus prosélitos en las orgías, en las tabernas, en los burdeles. Embriagan al pueblo; y en medio de su libertinaje, le hacen vociferar *vivas* á la libertad. Azuzan al pueblo para que se entregue al pillaje; y en medio de su desenfreno le hacen vociferar *mueras* contra las clases acomodadas. Suscitan una *sedición*, y llevan al pueblo á asesinar al poder constituido; y cuando ya está bañado en la sangre de los patricios, le estimulan á blasfemar del principio de la legitimidad, y le escitan á *vociferar* los títulos de su soberanía. Esto sucede en nuestro país: lo hemos visto, y lo ha visto todo el que ha querido: que nos desmienta el que pueda. Y esto es extraño, es nuevo en el mundo? No, ciertamente. Los carbonarios de Italia, los sansculotes de Francia, los constitucionalistas de México, todos emplean, y han empleado, y emplearán los mismos medios de acción; los mismos resortes de propaganda. Robespierre y Mazzini y todos nuestros *micos* de acá, son hijos de un mismo padre, discípulos de la misma escuela; y como árboles del mismo tronco llevan frutos idénticos.

## V.

Se insiste mucho en que es un abuso admitir á la juventud á la profesión monástica en edad muy temprana; en el período de las ilusiones; en una época en que el hombre todavía no se prueba á sí mismo. Los que así hablan, ni conocen la economía divina del cristianismo, ni sospechan siquiera cuántos y cuán misteriosos modos de operación tiene la gracia sobre el corazón humano. Por esto es que, ya desde otros tiempos en que no se tenía el descaro preciso para ensayar extinguir de un golpe los institutos monásticos, se prevenía por la ley civil que se esperase á cierta edad avanzada para hacer la profesión religiosa. Mas este golpe indirecto propendía al mismo resultado que lo otro; porque él sería comparable á la prohibición de la celebración del matrimonio antes de los cincuenta años, si se quisiera extinguir la sociedad. Por qué? Porque hay prodigios en las operaciones de la gracia, porque hay milagros de la virtud cristiana, porque hay resoluciones heroicas en el hombre que se consagra á Dios, que solo pueden caber en un corazón virginal, en una alma nueva á las impresiones de la vida, en unas pasiones ardientes que en vano se buscarían en el temperamento calculador de una virilidad avanzada, en medio de los hielos de la senectud, ó bajo del polvo y las ce-

nizas que amontonan tras de sí los desengaños del mundo. Esos que disputan á Dios las primicias del corazón del hombre, las aspiraciones tan puras de una alma nueva á todo género de impresiones, obran como el que negara al altar llevarle por presentalla las flores recién cortadas, y que exhalan todavía todo su perfume, contentándose con ofrecer los mustios bagazos desprendidos de las guirnaldas profanas que engalanara las copas de las bacanales de otro día. La Iglesia ha fijado sabiamente la edad necesaria para emitir la profesión religiosa: y para andar acertada en ello le bastan dos cosas: primera, el perfecto conocimiento del corazón humano: segunda, la exacta apreciación de las operaciones de la gracia divina. ¿Y quién le disputará una ú otra?

En el mecanismo divino de la religión cristiana, y sobre las influencias de la gracia en el hombre, hay mucho que estudiar, y estudiando se aprende algo; pero hay también muchos misterios que venerar; y cuando tropezamos con ellos para quitar toda tentación de investigaciones insensatas y orgullosas, no queda más que hacer que repetir incesantemente con San Pablo. *¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo?* (1)

Hay ciertas máquinas en cuya complicada combinación entra una rueda que tiene un movimiento giratorio, tan rápido, que hace se pierdan á la vista su círculo y sus radios. Si algún curioso imprudente se acerca á desengañarse con el tacto de su mano de aquello que sus ojos apenas adivinan, se apercibe de la existencia de un cuerpo potente, cuando ha perdido á pedazos la mano investigadora. No de otra manera sucede á cada paso á los pretendidos filósofos y políticos que, sin antecedentes bastantes sobre el mecanismo de la máquina de la religión cristiana, principalmente en todo aquello que dice relación á los abismos del corazón humano, pretenden poner á prueba de proyectos absurdos la existencia de ciertas combinaciones misteriosas. Se desengañan de la presencia de la combinación; pero esto es cuando ya su presuntuosa ciencia ha caído convertida en mil pedazos, sin haber conquistado otro descubrimiento que el sentimiento terrible de la repulsa divina.

Por esto el protestantismo, que ha dislocado la máquina de la religión católica, no comprende ni podrá comprender jamás, la alta misión de esos centros de movimiento que nosotros admiramos en cada instituto monástico; y cuando ha querido parodiar nuestros claustros, ha

(1) Nonne stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi? 1.º ad Corint. 1.º v. 20.